

La substancia del cual es la siguiente:

«Amigos, si a razon estais atentos  
Aquello que por ella sois medidos,  
Entendéis haber desabrimientos  
Que turban las potencias y sentidos,  
Donde los primitivos movimientos  
Con gran dificultad quedan vencidos,  
Y tal dolor sera que la mas alta  
Prudencia della misma queda falta.»

»Y así, los que me veis desta manera  
Con turbaciones y paciencia poca,  
No debeis espantaros aunque muera  
Segun el duro golpe que me toca:  
Del cual diera razon, si la tuviera,  
Para poder bosallo por la boca:  
Basta decir que fueron ocasiones  
Terribles y de malas intenciones.

»Pues no sé quién sin fin de amistad buena  
Me escribió lo que no supo ni vido,  
Y aunque lectura de verdad ajena,  
Del autor infernal estoy corrido;  
Y en efecto, me dió tan grave pena  
Que cuasi me privó de mi sentido,  
Y con aquel dolor corri sin freno,  
Sin querer admitir parecer bueno.

»Mas aunque mi pasión y mi congoja  
Es de tal cualidad que desespero  
Para siempre jamás de vella floja,  
Como caso tan grave lo requiere,  
Mi buena voluntad no queda coja  
Para servir en lo que pudiere,  
Pues demás de lo mucho que se os debe  
Obligación particular me mueve.

»Es mi deseo pues que por lo hecho  
Ninguno se me muestre desabrido,  
Sino que se quite nuestro pecho,  
Pues hasta agora nada se ha perdido,  
Antes ha sido para mas provecho  
Poblar en este sitio proveido  
De grano, de pescado, de legumbres,  
Y de prósperas minas certidumbres.

»Y no por nos meter en arboleda  
Perdemos el terreno mas aceto,  
Pues volver cuando buenamente pueda,  
En ley de hijodalgo lo prometo,  
Para poblar en lo que de paz queda  
Y repartiros todo lo subyeto:  
Aquesta es mi voluntad abierta  
Que sin duda podeis tener por cierta.»

Oidas las razones comedidas  
Por aquellos que estaban en la junta,  
Tuvieron cortesanos cumplimientos  
Prometiéndole de darme todo gusto,  
Con el respecto, gracia y obediencia  
Que á su gobernador le era debida;  
Y encarecidamente le rogaron  
Que no hiciese caso de novelas,

Pues todos entendían ser escritas  
Debajo de malignas intenciones,  
Por poner á las suyas honorosas  
Algun impedimento con envidia.  
En efecto, quedaron muy conformes,  
Pero pasado número de dias,  
Queriendo recogerlos y sacarlos  
Para pacificar algunos indios,

Y dar orden á cosas necesarias,  
Ninguna parte fué para juntallos,  
Y con aquella cólera y enojo  
A Diego de Montoya dió garrote,  
Soldado principal, con pensamiento  
Que los demás vernían á medirse  
Con lo que su mayor les ordenaba.

Mas desto que tomó para remedio  
Nació mayor rancor y mayor odio,  
Porque se conjuraron tres soldados,  
Que fueron Juan Alonso de Santana,  
Pero Sanchez de Oviedo, y el tercero  
Manuel Ruviales, con diseño  
De venir á la audiencia deste reino  
En coyuntura que lo gobernaba  
El licenciado Francisco Briceño,  
Recién venido por su presidente,

Y antél formar querellas del Valdivia,  
Para lo cual desesperadamente  
Y como temerarios se arrojaron  
En una mal parada canouela  
Por las corrientes del rio de Cauca,  
Do bárbaros guerreros son frecuentes,  
Con harta mas sospecha de la muerte  
Que de escapar ninguno con la vida;

Pero venciendo las dificultades  
Llegaron á Mopox en salvamento,  
Y por el rio de la Magdalena  
Subieron todos tres al Nuevo Reino,  
Y en la real audiencia dieron queja  
Del Andrés de Valdivia, demandando  
Juez que de las causas conociese;  
Y fué para ello proveido

Anton Gomez de Acosta, lusitano,  
Noble de condicion y de linaje,  
Hombre de buenas partes, mas con ellas  
Mas de sinceridad que de dobleces,  
Al cual yo conversé por muchos dias  
Y reconocí ser de liso pecho.

Diéronse poderes y recados  
Bastantes, y á medida del deseo  
De los apasionados querellantes;  
Pues mandan al Valdivia que parezca  
Ante los senadores, y entre tanto  
Antonio Gomez quede gobernando;  
Con esto se partió para los rios,  
Los tres soldados en su compañía

Y algunos otros que se le llegaron,  
Entrellos dos cuñados del Valdivia,  
Bermudez y Loaisa, que sabiendo  
Ir el Antonio Gomez con el cargo,  
Para tenello grato y apacible  
En negocio que tanto les tocaba,  
Juntamente hicieron el viaje,  
Ganando voluntades alteradas.

Y avisado Valdivia por algunos  
Que seguían sus partes en la villa  
De Santafé, después que allí llegaron  
Salió del pueblo de las Pesquerias  
Con algunos soldados mas amigos  
Para los recibir en aquel valle  
De San Andrés, adonde se juntaron,  
Y con premeditada cortesía

Al juez recibió y á los contrarios;  
Habló con los cuñados en secreto,  
Informándose dellos largamente  
Así de los poderes que traía  
Como de las novelas de la carta,  
Que fué tan nueva cosa para ellos  
Que quedaron con un desgusto grave  
De la invención, en tanto perjuicio

De su punto y honor sin haber causa;  
Finalmente, Valdivia satisfecho  
De la limpieza y honra de su casa,  
A su nuevo juez acudió luego  
Antes que las reales provisiones  
Le fuesen intumadas, y apartado  
De los demás, le dijo lo siguiente:

«Señor Antonio Gomez, gran ventura  
Ha sido para mí venir á esto  
Un hombre noble, de conciencia pura,  
Y cuyo celo vemos manifiesto,  
Pues guía los negocios con blandura  
Y sin querer á nadie ser molesto,  
Orden de que se precian las mas veces  
Cristianos y católicos jueces.

»Que no de todos vientos son movidos,  
Antes como varones reportados  
Reservan uno de los dos oídos  
Para con él oír los acusados,  
Porque de los descargos detenidos  
Sucede los absentes ser culpados;  
Y así podría ser que yo lo fuese  
Por faltar quien mi causa defendiese.

»Está claro de ver por lo que digo,  
Y porque quien pidió la residencia  
Consta ser hombre infame y enemigo,  
Traidor en sus efectos y apariencia;  
Sirvió, quien fué la parte, de testigo

Cargando con mis cargos su conciencia;  
Pero podría ser que tal engaño  
Se fuese declarando con su daño.

»Aunque deseo yo, si ser pudiese,  
No venir en aqueste rompimiento,  
Como vuestra merced servido fuese  
Que diésemos los dos algun asiento,  
De donde con honor se le siguiese  
Gran interese y aprovechamiento,  
Cuya satisfacción haré sumarios  
Y de poco momento los salarios.

»Porque estos son por tiempo limitado,  
Y en mi gobernación tiempo tan luengo  
Cuanto por vos me fuere señalado  
Sereis igual en el poder que tengo,  
Y en daros suerte de lo mas granado  
Y de mas tomo desde luego vengo,  
Sin faltar punto de lo que prometo,  
Como conoceréis por el efecto.

»Debajo pues de dar lo que propuse  
En las significadas condiciones,  
Os quiero suplicar que no se use  
Conmigo del poder ni comisiones,  
Porque razones hay con que se escuse  
El no llegar á las ejecuciones,  
Y aunque la diligencia no se haga,  
No por eso será menor la paga.

»Por medios honorosos y cristianos  
Pido que esta merced se me conceda;  
Y si acaso se temen dichos vanos  
De los que menearon esta rueda,  
A todos ellos yo los haré llanos,  
Amigables y blandos como seda,  
Pues como yo les hable, me profiero  
De traerlos á todo lo que quiero.

»Porque conocen de mi diligencia,  
Si los negocios andan encomados,  
Que pareciendo yo por mi presencia  
Han de quedar deshechos los nublados,  
Y los señores de real audiencia  
Sabrán los que son libres ó culpados;  
Y aun ellos holgarán en gran manera  
De que vos desbagaís esta quimera.

»Porque dellos el principal intento  
Es de que los litigios se cercenen,  
Y así reciben gran contentamiento  
Cuando los litigantes se convienen;  
Puede vuestra merced ser instrumento  
Desta conformidad con los que vienen  
Con malas intenciones y conmigo,  
Que cumpliré sin falta lo que digo.»

Dijo, y Antonio Gomez no teniendo  
Dañada voluntad contra ninguno,  
Estuvo bien en lo que le decía,  
Y así suculatamente le responde:  
«Señor gobernador, por mandamiento  
Vengo de la real chancillería;  
Si para no pedir el cumplimiento  
La parte demandante se desvía,

No se me puede dar mayor contento  
Que difinillo por aquesta vía;  
Con ellos el negocio se concluya,  
Porque mi voluntad será la suya.»  
Conocidas las sanas intenciones  
Del noble portugués por el Valdivia,  
Vióse con los contrarios ansimismo,  
Y tuvo tanta fuerza y eficacia

En lo que les tractó secretamente,  
Que quedaron conformes y rendidos  
A su dispusición como solían,  
Y aun con mayor respecto y obediencia.  
Compuestas las borrascas que movían  
Los vientos enemigos, cumplió luego  
Con el Antonio Gomez su promesa  
Dándole bastantísimos poderes

De general teniente, con los cuales  
Y algunos compañeros proveídos  
De buenas municiones, el Valdivia  
Mandó que se partiese brevemente  
Al pueblo que dejaba cimentado  
En aquel sitio de las Pesquerias  
Donde dejó los otros españoles,

Para que con el cargo que llevaba  
Allí haga con ellos asistencia,  
Y trabaje traer al regio yugo  
Indómita cerviz de aquella gente.

Y el capitán Francisco Maldonado  
Ansímismo pasó por orden suyo  
El gran rio de Cauca con soldados  
A ver las poblaciones que tenían  
Indios nutaves en aquella parte;  
Y el gobernador con sus dos cuñados  
Y trece compañeros y los negros  
De su servicio, que serían quince,

De cuya valentía confiaba,  
Si por los indios guerra se moviese,  
En el ya dicho valle hizo pausa,  
Donde para valerse y ampararse  
Mandó hacer un fuerte, mas no tanto  
Que lo pudiese ser contra la furia  
Movida contra él, ya concluidas  
Las obras, en mal punto fabricadas,

Pues fueron tan baldías diligencias  
Cuanto su temeraria confianza,  
Como se tractará mas largamente  
En otro canto, que será remate  
De su discurso del y de su vida.

#### CANTO DECIMO CUARTO.

Donde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo día en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia.

Quien se guía por solos sus antojos,  
Sin la moderación que se requiere  
Tener en los negocios importantes  
De guerra, mayormente do no siempre  
Responden al deseo los efectos,  
A trabajos fin se va llegando,  
Como nuestro Valdivia, que sin copia  
De gente que sufriese dividirse

En partes tan remotas como dije,  
Repartió los soldados que tenía,  
Pensando subyectar en breve tiempo  
Lo que con mas reporte se pudiera  
Hacer, midiéndose con su posible,  
Allanando la tierra todos juntos  
Sin derramarse por diversas partes;

Mas con aquel orgullo presuroso  
De que naturaleza lo compuso,  
Salió del término que convenia  
A su salud y vida, pues que puso  
En evidentes riesgos su persona  
Quedándose con pocos, y aun algunos  
No poco descontentos conociendo  
Que los cuñados suyos pretendían

Gozar de los trabajos y sudores  
Ajenos, sin haber melido prenda  
Para ser antepuestos en la tierra  
A los que los habían padecido:  
De cuya causa seis de aquellos trece  
Que con él en el valle se quedaron,  
Le hurtaron el cuerpo con sus armas,  
Y como diestros hombres en la tierra  
Salieron á la villa de Antioquia,

Dejándolo con solamente siete  
Y aquellos etíopes que tenía.  
Y así los indios, siendo convidados  
De coyuntura que les prometía  
Infalible victoria, despacharon  
A las otras provincias mensajeros  
Para que los caciques estuviesen  
A punto cierto día, y á tal hora

Acometiesen á los españoles  
Que cada cual tenía mas á mano,  
Porque los que caían á la suya  
Con el gobernador en aquel valle,  
En aquel tiempo que les señalaban  
Ansímismo serían asaltados.  
Concertados los indios desta suerte,

Cuando del mes de octubre se contaban  
Diez días, año de setenta y cuatro,  
Habían al Francisco Maldonado  
Dádose ya de paz aquellos pueblos  
Nutaves, que tenían sus viviendas  
En la contraria banda de aquel río,  
Donde pasó con treinta y seis soldados,  
Y allí los regalaban y servían  
Proveyéndoles de mantenimientos  
A ellos y al servicio que llevaban;  
Mas llegada la hora del concierto,  
En el día que habían señalado,  
Vinieron treinta y seis tan solamente,  
Para cada español un indio solo,  
Todos ellos sin armas, y cargados  
Cada cual con un gran bace de guamas.  
Fructa gustosa, dulce, delicada,  
Y a corporal salud nada nociva,  
Antes a quien del hígado se siente  
Enfermo, cierto se la restituye,  
Segun he visto yo por experiencia:  
Será su longitud mas de tres palmos,  
Y el grueso de tres dedos largamente,  
O mas ó menos, blanda la corteza,  
Rolliza y arrugada por defuera,  
Y esta rompida, dentro se contienen  
Jugosos globos que se continúan  
Al modo de unas cuentas ensartadas  
Juntas y despegadas unas de otras  
Que hinchen la longura de la guama,  
Y es la blancura destas pelotillas  
A copillos de nieve semejante,  
Una pepita dentro cada una,  
Tierna, piramidal en la hechura;  
Pero lo que se come desta fructa  
Es aquel blanco que algodón semeja,  
Que dentro de la boca se deshace,  
No sin suavidad del que lo gusta;  
También hay otras diferentes guamas  
Que son á la manera de algarrobas,  
No mas en el tamaño, y aplañadas,  
Que tienen los efectos de las otras;  
Pero las que traían estos indios  
Eran de las mas luengas y rollizas,  
En cada bace dellas encubierto  
Afilado machete vizcaino,  
Y ciertos trozos de madera dura  
Mas ponderosa que de pardo plomo,  
De la corteza limpios y muy blancos,  
Que se juzgaban ser palos de balsa  
Ligerísima no menos que corcha,  
Y cuyas aparencias encubrían  
La gran dureza y el mortal engaño.  
Acuden pues los nuestros al regalo,  
Cebados en aquella golosina  
Do venía la muerte disfrazada  
No menos que con ropas de dulzura;  
Y al tiempo que llegó cada cual dellos  
A tomar la porción que le cabía,  
Con la siniestra dieron el presente,  
Y con la diestra sacan los podones,  
Con tanta prontitud en dar el golpe  
Que el pensamiento y él fueron á una,  
Ensangrentando cada cual los filos  
En los incautos que con regocijo  
Iban á recibir su desventura,  
Que comenzó con fieras cuchilladas  
Y palos que los cascotes desmenuzan:  
Cortan rostros, cabezas y pescuezos,  
Derriban narices y quijadas  
Que caían con dientes y con muelas,  
Crece la confusión y el alboroto,  
Anda la lucha fiera y orgullosa,  
Abrazanse heridos con los sanos,  
Y algunos se aprovechan de las dagas  
Vengando sus injurias en algunos  
De los astutos bárbaros y fieros;  
Mas como los vestidos no tenían  
En los desnudos donde hacer presa,  
Ligeramente se les deslizaban,  
Y andando fervorosa la pendencia  
Un terrible gandul vió cierta hacha,

La cual con increíble lijereza  
Del suelo levantó, y enarbolada,  
El violento golpe descendiendo  
De los nervosos brazos sacudido,  
Rompió los cascotes hasta las encías  
Al capitán Francisco Maldonado;  
Descargó luego con la misma hacha  
Sobre Juan de Cotura, valenciano,  
Y del tercero golpe dió remate  
De Chaves, valentísimo guerrero.  
Los miserables caen despedidos  
Del aliento vital, y Sancho Velez,  
Insigue montañés por sus hazañas,  
Allí las remató con fin acerbo,  
Con otros cinco válidos soldados  
De cuyos nombres no se me dió copia,  
Mas sé que la tuvieron de heridas  
Que penetraban hasta las entrañas;  
Pero los otros, aunque mal heridos  
De los primeros golpes de antuviada,  
Volvieron sobre sí, y á las espadas  
Echaron mano con terrible furia,  
Y aprietan á los bárbaros de suerte  
Que muchos dellos en aquel conflicto  
Tuvieron á los muertos compañía,  
Y los demás á paso presuroso  
Se fueron retrayendo con intento  
De volver con mas indios y pertrechos;  
Pero los españoles conociendo  
Que de sus piés lijeros dependía  
El escapar de tanto detrimento,  
Tomaron por remedio la huida  
Y por lugar sagrado la montaña,  
Por donde caminaron á gran priesa  
La vuelta de la villa de Antioquia  
Juzgando ser camino mas seguro  
Que ir á se juntar con el Valdivia.  
El cual en esta misma coyuntura  
Estaba rodeado de la muerte,  
Porque Cuerquia y Oceta y Ucharie,  
Ubaná y Quimé, caciques bravos,  
Con quinientos fortísimos guerreros  
Aquella noche antes se metieron  
Dentro de la quebrada montuosa  
Que distaba del fuerte breve trecho,  
Y cuando ya febeos resplandores  
Doraban las alturas y los valles,  
Enviaron al fuerte ciertos indios  
Cargados de regalos, cuyos gustos  
Habían de ser tragos de amargura;  
Pues fueron enviados por cubierta  
De sus intentos duros y malicia,  
Y para descuidallos del asalto  
Y golpe que cercano les venía.  
Fingieron pues los bárbaros cansancio,  
Diciendo que venían de mas lejos,  
Y que los enviaban los caciques  
A ver si les faltaban alimentos  
Para les proveer lo necesario,  
De que Valdivia recibió contento,  
Y aquella compañía desdichada,  
No conociendo bien ser el postrero  
Que en esta vida frágil y caduca  
Habían de tener por su mudanza;  
Pues cuando repartían los presentes,  
Embajadores mudos de sus males,  
Salió la tempestad fiera y horrible  
Con mas impetuoso movimiento  
Que viento proceloso que remueve  
La ponderosa tierra, y arrancando  
Va los frondosos árboles su fuerza,  
Pues no menos lo fué la palizada  
Hecha para valerse dentro della,  
Porque turbados todos del asalto  
Repentino, sin del haber sospecha,  
Apenas ocurrieron á las armas  
Cuando ya la tenían ocupada,  
Aportillada, rota y abatida.  
Y para resistir aquella furia  
Pedro Valero y un Leon salieron  
Como valientes hombres al encuentro;  
Pero bárbaros luego la creciente

Segun que sule la de raudo río  
Opuesta presa de reparo débil,  
Pues al Valero ponderoso golpe  
Le derramó los sesos, exhalando  
Luego la dulce vida por la boca,  
Y el Diego de Leon cayó pasados  
Los pechos de dos jáculos agudos,  
Con rabia de la muerte remordiendo  
Lo circunstante del sangriento suelo.  
Acudieron los negros y españoles  
Que quedan, animándolos Valdivia  
Desde lo alto de una barbaoca,  
Adonde se halló cuando vinieron,  
Y una india ladina que tenía,  
Intérprete cabal de aquella lengua;  
Y así salieron todos al encuentro  
Con el brio y valor que cualquier bueno  
En tal tribulación mostrar debia,  
Pero la duración de sus ardores  
Fué como llama blanda que procede  
De las estopas secas y esparcidas  
Que consumidas son en un instante  
Y apenas dejan rastro de ceniza:  
Así fueron de vida descompuestos,  
En el impetuoso torbellino,  
Entrellos cierto fraile carmelita,  
Dicho fray Bernabé, capellan suyo;  
Juan Rodriguez de Atienza, solamente,  
Sobriño de aquel clérigo que dije  
Decirse Joan Ruiz de Atienza antes,  
Y Gaspar Negro, de nacion jilofa,  
Duraban en el áspero conflicto  
Con hazañas que son merecedoras  
De celebrarse con eterna pluma,  
Pues dos veces rompieron los salvajes  
Haciéndoles á todos perder tierra,  
Dejándola de sangre proveida  
Y de bárbaros cuerpos ocupada,  
Del estrago que cada cual hacia;  
Y por mas animar al etiope  
El fuerte Juan Rodriguez le decia:  
«Ea, Gaspar, no cesen tus tajantes  
Golpes contra la bárbara canalla,  
Porque si perseveras, son bastantes  
A vencer otra mas dura batalla:  
Ayudaréte yo con semejantes  
En tanto que la muerte no me halla;  
Pero ya que la temporal nos llama,  
Haremos con que viva nuestra fama.»  
El Negro le responde: «De la vida  
Ya que, señor, me siento ser ajeno,  
Vuestro valor escelso me convida  
A mi venganza y la de tanto bueno,  
Hasta que por entero se despida  
Humana fuerza de Gaspar Moreno:  
Lo peor es que nadie nos espera,  
Porque pelean todos desde fuera.»  
Y es así que se fueron retrayendo,  
Huyendo las cercanas cuchilladas,  
Y segun á los toros que se lidian  
En coso, los están garrocheando  
Con multitud de dardos y de flechas  
Que llovan sobrellos á nubadas,  
Hasta tanto que los atletas fuertes,  
Desangradas y rotas las entrañas,  
Fueron rendidos del eterno sueño.  
Valdivia solo resta, que herido  
Estaba de un flechazo por la boca  
Al cual ovieron á las manos vivo:  
Vivo tomaron al desventurado,  
Con la moza ladina que tenía.  
«Oh cuántos desconsuelos y aflicciones,  
Cuántas angustias y penalidades  
Rodeaban al triste que se veía  
Cercado destos lobos cancheros,  
Ajenos de piadosa compostura!  
¿Qué de conceptos varios y discursos  
Mueven la voluntad, para que diga  
Alguna cosa la turbada lengua  
Con que á misericordia los moviese!  
Asentáronlo pues en una piedra  
Con aquellos esarnios y ludibrios

Que suelen estas gentes apocadas,  
La intérprete con él, que también teme  
Ser á pena de muerte condenada,  
Haciéndole preguntas odiosas  
Para mayor dolor encaminadas:  
Al fin Valdivia, por no quedar corto  
En un trance de tanta desventura,  
Quiso tentar el vado peligroso  
Tomando por bordon estas razones:  
«En vuestra potestad estoy captivo,  
Y de vivir no tengo confianza;  
Pero si proseguis vuestro motivo,  
Declaro lo que mi razon alcanza,  
Y es que no morireis si quedo vivo,  
Y si muero vereis cruel mayor castigo,  
Pues del menor hasta el mayor caudillo  
Habeis de pasar todos á cuchillo.  
«Pensad con atención en lo que digo,  
Y sin duda creed que si yo muero  
Habeis de ver un ejemplar castigo,  
Tan grande que ninguno mas severo;  
Y vale mas ganarme por amigo,  
Que lo seré leal y verdadero  
Si me haceis mercedes de la vida,  
Obra que será bien agradecida.  
«Permitid que me vaya libremente  
Sin pretension de dar fin á mis días,  
Porque luego, con paso diligente,  
Me partiré para las Pesquerías,  
Y desta tierra sacaré mi gente,  
Sin que revuelvan otras compañías  
A daros inquietud ni mover guerra,  
Mas siempre será libre vuestra tierra.  
«Niégume su fulgente luz Apolo  
Si yo volviere mas á la porfia;  
Antes se cumplirá sin haber dolo,  
Olor ni semejanza de falsía:  
Haceldo, pues matar un hombre solo  
Antes es poquedad que valentía,  
Y dejándome ir hareis un hecho  
De virtud y de honor y gran provecho.»  
La lengua declaró lo que decia,  
Y los caciques todos estuvieron  
Atentos y algun tanto reportados,  
Los unos con los otros praticando,  
Tomando pareceres y los votos  
Cerca de lo que mas les convenia;  
Y un indio principal dicho Carcara  
(Y don Martín después de bautizado)  
A todos les habló desta manera:  
«Amigos y parientes, de mi voto  
No lo hareis remoto de la vida,  
Porque será perdida diligencia  
Y acrecentar pendencia con cristianos:  
Lavemos nuestras manos deste hecho;  
Satisfaced al pecho que se mide  
Haciendo lo que pide brevemente,  
Pues tiene rey potente que lo envía  
A nuestra serranía, y es mandado,  
Y siendo su criado, y él tan fuerte,  
Ha de vengar su muerte, porque tiene  
Gran multitud que viene cada día;  
Y al fin es cobardía detestable  
Matar al miserable ya rendido.  
Aqui no soy movido con engaños,  
Mas por evitar daños venideros,  
Fines y paraderos lamentables,  
Que son inevitables si este muere.  
Si su palabra fuere vil y corta,  
Un hombre mas no importa ya que vuelva  
Con otra mayor selva peregrina,  
Pues una golondrina nunca hizo  
Verano, ni un granizo ocupó plaza,  
Ni destruyó la haza ni simiente.  
Soltallo de presente poco cuesta  
Usando con él desta hidalgua.»  
Dijo Careara, no sin gran deseo  
De lo librar de la mortal angustia;  
Mas un Quimé, cacique furioso,  
De mala digestion, protervo, duro,  
Con iracundo rostro le responde:  
«Gentil predicador nos es venido

A defender partido de un tirano,  
Cuya sangrienta mano hizo menos  
Innumerables buenos en la tierra,  
Quedando de la guerra sin ayuda  
Tanta mujer viuda, y sus hijuelos  
Sin padres, sin abuelos, sin amparo:  
De negocio tan claro sois testigos,  
Pues de los enemigos los mas pocos.  
A questo dicho levantó la maza,  
Bajándola con golpe tan horrible  
Que le desmenuzó cascos y sesos:  
Cayó lanzando sangre por la boca,  
Y el ánima salió de aquella cárcel  
Mortal adonde estaba detenida.  
Ansimismo la india que servia  
De lengua padeció la misma muerte  
Por mano de Ubaná, y a questo hecho,  
Cortóles las cabezas, y a los otros  
Cristianos que murieron peleando,  
Y púsolas en medio del camino  
Por donde, si los de las Pesquerias  
Oviesen escapado del conflicto  
En que se vieron este mismo día,  
Habian de pasar forzosamente  
Para poder juntarse con Valdivia,  
Y vistas las cabezas no parasen  
Con miedo de pasar por otro tanto  
Y se saliesen fuera de la tierra.  
Verdad sea quel Ubaná quisiera  
Hacer un emboscada, mas los otros  
Caciques no quisieron acudille,  
Diciendo que los indios tahamies  
Al gobernador solo les mandaban  
Quitar la vida, como lo hicieron;  
Y así se retrajeron de aquel sitio  
Y se volvieron todos a sus casas,  
En tanto que sabian el suceso  
De los que estaban en las Pesquerias;  
A los cuales vinieron aquel día  
Gran número de bárbaros valientes  
Con algunas comidas y regalos,  
Pero los españoles como diestros  
Reconocieron ser estratagemas,  
Y que las intenciones que traian  
Eran de descuidarlos con aquello  
Y en viendo coyuntura dar de mala;  
Y así prendieron veinte y cuatro dellos,  
Conocidos por hombres principales,  
Metiéndolos en una casa fuerte,  
Con guardas que pusieron a la puerta.  
Y en la cámara donde los metieron  
Habia un azadon, sin otra cosa  
De que pudiesen estos echar mano,  
Y un indio de los presos recogiólo  
Entré y la pared disimulado,  
Que no podia verse porque todos  
Estaban allí juntos y apiñados:  
Estando desta suerte detenidos,  
Guardándole la puerta seis soldados  
Entró el Antonio Gomez con sus armas,  
Una celada puesta, y en la mano  
La vara de justicia si prestara;  
Y hallándolos todos asentados,  
Paseándose por delante dellos,  
No con aquel aviso que debiera  
Tener con gente tan determinada,  
Con habelle rogado que no entrara  
Los seis soldados que hacian guarda,  
Por atemorizallos con palabras.  
Les dijo: «¿Qué maldades son aquestas?  
Decid, traidores, perros, refalsados,  
Venis de paz, y las macanas prestas  
Pensando de tomarnos descuidados?  
Pues veinte y cuatro hocas tengo puestas  
Donde morireis todos ahoreados,  
Porque sin jamás daros ocasiones  
Usais destes ensayos y traiciones.»  
Aun no bien acabó de decir esto,  
Cuando el del azadon así del cabo,  
Y con aquel ardor que tigre suele  
Abalanzándose tras el venado,  
Saltó con él, y dióle tan gran golpe

Que sin le dar segundo quedó muerto  
Y la celada dentro de los sesos.  
Acudieron las guardas al ruido,  
Y viendo su caudillo derribado,  
Menean las espadas cortadoras.  
Las concavas rodela embrazadas,  
Y aunque el del azadon a tajo fondo  
Quiso desarraigar las otras plantas,  
Los acerados filos y las puntas  
Con tal solicitud fueron guiadas,  
Que en breve tiempo por el aposento  
Quedaron muertos todos veinte y cuatro,  
Y a gran priesa salieron de la casa  
Contra los demás indios que de fuera  
Andaban con los otros españoles  
Midiendo con el hierro las macanas;  
Pero prevalecieron los aceros  
Y maña de la gente baptizada,  
De suerte que los bárbaros huyeron  
Con menoscabo de los mas gallardos.  
Los nuestros sanos y victoriosos  
No quieren esperar otra borrasca,  
Y así determinaron de partirse  
Para se congregar con el Valdivia,  
No sabiendo su muerte desastrada.  
Por todos ellos eran veinte y uno,  
Cuyos heroicos hechos yo no puedo  
Particularizar, aunque merecen  
Ser los de cada cual eternizados.  
Destos fueron delante tres soldados  
Para que descubriesen con aviso  
Los pasos peligrosos y quebradas:  
Hombres no menos sueltos que valientes  
Y de quien justamente se podia  
Hacer tan importante confianza;  
El uno dellos era Juan Melendez,  
Que de presente tiene por posada  
En este pueblo donde yo resido  
La del noble vecino Juan de Vargas,  
Que es escribano hoy deste cabildo  
Y entonces por allí participante  
De riesgos y trabajos insufribles;  
El otro Baltasar Muñoz, que vive  
En un pueblo de los de Venezuela,  
Y Mateo Fernandez, color loro,  
Pero su gran virtud y valentia  
Cubrian, si lo es, aquesta falta:  
Hijo de india es y de etiope,  
Y natural desta ciudad de Tunja.  
Llevaban estos tres en su defensa  
Tres perros señalados en braveza,  
Turquillo, Amigo, y otro Menalao,  
Que para se valer en la jornada  
Les fueron a su tiempo provechosos.  
Yendo pues caminando con recato  
A su salud y vida necesario,  
Dieron en las cabezas de los muertos  
Y en aquel espectáculo cruento,  
Adonde repararon con estasis  
En pálido color los rostros vueltos,  
Desamparándolos el humor noble  
Por ir a socorrer en tal espanto  
La parte principal enflaquecida;  
Porque su dolor fué tan escesivo,  
Conociendo los miseros pacientes,  
Que perecieran en aquel angustia  
Si no se desagnara por los ojos  
Alguna parte de su sentimiento,  
Donde hasta los perros lo hicieron  
De natural instinto convocados.  
Y habiendo coligido por las muestras  
Toda la rigurosa desventura,  
Perplejos no sabian qué hacerse,  
O revolver atrás a dar la nueva,  
O proceder a pueblo de cristianos,  
Pues en cualquiera de los dos caminos  
Se corria gran riesgo de la vida;  
Al fin, destes extremos eligieron  
Pasar a Santafé por mas seguro,  
Y en la prosecucion de su viaje,  
Sembrado de cien mil inconvenientes,  
Demás de les faltar mantenimiento

Para se remediar y cobrar fuerzas,  
Que ya la hambre se las consumia,  
De los tres perros uno degollaron  
Que por nombre tenia Menalao,  
Y bien ó mal asado fué socorro  
Para poder llegar en salvamento  
A Santafé, donde también habian  
Entrado los heridos que escaparon  
De do murió Francisco Maldonado,  
Que segun los trabajos padecidos,  
Terribles y profundas cuchilladas,  
Poder llegar se tuvo por milagro;  
Y alguno dellos, que es Snero Rodriguez,  
Hoy morador del pueblo do yo vivo,  
Con seis peligrosos flechazos,  
E uno dellos fué penosa rienda  
Por el miembro viril atravesada.  
Pero llegados a la noble villa,  
De los vecinos y los mercaderes  
Caritativamente recibidos  
Y con gran diligencia remediados;  
Y desde que llegaron los primeros  
Hizo Gaspar de Rodas gran instancia  
En que se previese de socorro  
Al Andrés de Valdivia, no sabiendo  
Hasta llegar los tres su mal remate,  
Y el Antonio Machado de quien dije  
Salirse con licencia del Valdivia,  
En Santafé nombrado por alcalde,  
Primero que llegase Juan Melendez  
Habia ya salido con cuarenta  
Soldados viejos bien apercebidos,  
Los cuales, aunque no fueron a tiempo  
Para podelle dar este presidio,  
Aprovecharon a los que venian  
De do mataron al Antonio Gomez;  
Que como prosiguiesen su camino  
Tras Melendez, Muñoz, Mateo Fernandez,  
Dieron en las cabezas ansimismo  
De su gobernador y de los otros  
Que de su hado fueron herederos,  
Las cuales, conocidas, no se pueden  
Encarecer sus grandes turbaciones,  
El tierno sentimiento que hicieron,  
Las muchas lagrimas que derramaron  
Ansi los españoles como indios  
E indias que llevaban de servicio,  
No solamente ya por sus amigos,  
Pero también por ellos, por hallarse  
Cercanos a la misma desventura,  
Y porque sospechaban quel Melendez  
Con los dos que iban en su compañía  
Estaban de la vida descompuestos,  
Pues no volvieron a les dar aviso  
Ni salian a se juntar con ellos;  
Y así cada cual destes pretendia  
Acogerse huyendo del peligro  
Por donde su ventura lo guisase,  
Juzgando que si fuesen divididos  
Podrian huir mas seguramente,  
Pero los mas enteros en consejo  
Tuvieron parecer diferenciado,  
Porque venia Juan Ruiz de Atienza  
Y Bartolomé Jorge, sacerdotes,  
Leonel de Ovalle, Pinto Vellorino,  
De los cuales Atienza mas atento  
Por animar a todos los restantes  
Que en número serian diez y ocho,  
Les dijo las palabras que se siguen:  
«Caballeros, los fuertes corazones  
No desmayan en las pérdidas lides;  
Antes, de repentinas ocasiones  
Sacan para salvarse mil arides:  
Quel buen agricultor planta mugrones  
Adonde hace mella muertas vides,  
Y no por ver la falta de aquel suelo  
Desampara la viña ni majuelo.  
Ninguno piense pues tener mas vida  
De la que tienen hoy estos defunctos,  
Si para ser la gente dividida  
Juzga ser acertados sus barruntos,  
Siendo mas sin remedio la caída

Del que va solo que de muchos juntos,  
Donde quien cae halla sublevante,  
Y al solo faltará quien lo levante.  
»Para que esto tengais por acertado,  
Buen paradigma es el mal presente,  
Que nos declara ser desamparado  
Valdivia de gran parte de su gente,  
Quedándose con él en el cercado  
Estos seis españoles solamente,  
Pues a ser mas, quien estos hizo piezas  
Aquí pusiera las demás cabezas.  
»Y aun estos juntos, con tener aviso  
No pasaran por tan adversos hados;  
Mas cada cual debió de estar diviso  
Siendo con falsa paz asegurados,  
Segun aquella gente que nos quiso  
Burlar, aunque quedaron mas burlados,  
Mas a no conocelles el amago  
Pasáramos por este mismo trago.  
»De manera que ya por este año,  
Mediante Dios y avisos que preceden,  
Seguros estaremos del engaño  
Y de que con regalos nos enreden;  
Y si salieren a hacernos daño,  
Las armas de Dios son las que mas pueden:  
Vámonos retrayendo y apartando,  
Y a Dios rogando y con el mazo dando.  
»Digo que juntos con las oraciones  
Estén siempre mechones encendidos,  
Prestos y bien cargados los cañones,  
Los demás instrumentos prevenidos:  
Que para resistir sus escuadrones  
No somos torpes, mancos ni tullidos,  
Haciendo cada cual lo que en si fuere  
Y Dios aquello que por bien tuviere.  
»El camino mejor y mas abierto  
Es este para trance semejante,  
En cuya confusion tengo por cierto  
Que Melendez coló mas adelante,  
O sea con temores de ser muerto,  
O por le parecer ser importante  
Primero dar avisos a la villa  
Que volvellos a dar a su cuadrilla.  
»Y si van con aqueste presupuesto,  
Como por conyecturas adevino,  
Algun socorro toparemos presto  
Y aun por ventura viene ya camino;  
De dos extremos, lo mejor es esto,  
Y lo contrario torpe desatino:  
Estemos juntos a cualquier asalto,  
Y en aqueste lugar hagamos alto.  
»No para reposar en coyuntura  
Cuyos trabajos son inevitables,  
Sino para que demos sepultura  
A las cabezas destes miserables,  
Ya que nos ha traído la ventura  
A ver estos sucesos lamentables;  
Pues seria gran falta de clemencia  
Irnos sin hacer esta diligencia.  
A questo dijo Juan Ruiz de Atienza,  
Y a todos pareció consejo sano;  
Lo cual se puso luego por la obra,  
Y allí hicieron noche; pero cuando  
Su curso demediaba caminaron  
La vuelta de la villa de Antioquia,  
Las armas alistadas y esperando  
El acometimiento de los indios,  
Mas no les sucedió cosa notable  
Por apartarse de las ocasiones,  
Y al cabo de dos dias de jornada  
Encontraron con Antonio Machado  
Y los demás amigos, cuya vista  
Disminuyó la pena y el cansancio,  
Y convirtió congojas y trabajos  
En ratos mas quietos y agradables,  
Contando los pasados sinsabores,  
Hasta que ya llegaron a la villa  
Donde los que venian mal parados  
Hallaron todo buen acogimiento.  
Ansi que, por entonces se quedaron  
Los indios victoriosos, y las tierras  
Que fueron del gobierno de Valdivia

Desamparadas de los españoles,  
Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,  
De quien agora resta que tractemos,  
Fueron pacificadas con castigo,  
Segun declararemos adelante  
Ayudándome de las relaciones  
Y cartas de Hierónimo de Torres,  
Que es ocular testigo, y hoy vecino  
De la nombrada villa de Antioquia,  
Antiguo peregrino destas partes,  
Y cuyo marte fué contra tiranos  
En muchas ocasiones señalado  
Después quel licenciado de la Gasca  
Plantó pendon real contra Pizarro,  
Y de quien tengo cierta confianza  
Que todo lo que dice va tejido  
Con hilos de verdad irrefragables,  
El cual demás del crédito que tiene  
De bien compuesto, con ingenio claro,  
Segun que sus papeles manifiestan,  
Esta relacion hizo por mi ruego (1)  
Pidiéndoselo yo con gran instancia;  
Del cual á tiempo, si me lo concede  
La fatal parca, tractaremos largo,  
Pues este no lo es por ir asido  
A las proezas de Gaspar de Rodas,  
Que piden ser cantadas con elogio  
Que no sufre paréntesis prolijo;  
Y así, pues rematamos el discurso  
Con términos incautos del Valdivia,  
Primer gobernador destas provincias,  
Conviene que tractemos del segundo  
Que con moderacion y con templanza  
Abatió la soberbia destas gentes,  
Reduciéndolas al real dominio.

## ELOGIO

*de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.*

## CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas  
Con número crecido de cabezas,  
De las cuales algunas estirpadas  
Con violencia de tajante golpe  
Otras le renacian con aumento:  
Enigma por el cual se nos declara  
Que una desgracia muchas acarrea  
Si con fuego de viva diligencia  
Algun hercúleo brazo no refrena  
El origen y fuente de do nace  
Aquel profluvio, cuyas dependencias  
Son mas irremediables muchas veces  
Que sus principios y ocasion primera.  
Destos inconvenientes perniciosos  
Se vian ya cercanos los vecinos  
Y gente forastera de la villa,  
Si por alguna via les faltara  
Presta solicitud y providencia;  
Porque como los bárbaros nutaves  
Oviesen triunfado de españoles

(1) Desde este verso va enmendado el original, donde estuvo escrito lo siguiente:

Esta relacion hizo por mandado  
(Pidiéndoselo yo con gran instancia)  
Del doctor Barros, digno presidente  
De la real audiencia, que reside  
En la ciudad de Quito por agora,  
Porque su rectitud, valor y ciencia  
A mas altos honores lo convidan.  
Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor mismo que cortó las hojas donde se trataba de Drake.

Desarraigándolos de sus provincias  
Con muertes afrentosas y otros daños,  
Los de nacion catia conociendo  
De si no ser de menos valentia  
Ni menores ardidés en la guerra,  
Por no perder aquellas ocasiones  
Negaron vasallaje y obediencia,  
De suerte que ningunos acudian  
A los acostumbrados ministerios.  
Los nuestros, que tractaban del remedio,  
Considerando cuánto convenia  
En esta turbacion tener caudillo  
Autorizado por real consejo  
Que los asegurase y reduciese  
A la paz, quietud y servidumbre,  
Y castigase los atrevimientos,  
Desacatos y muertes de cristianos,  
Despacharon á la real audiencia  
Del Nuevo Reino, donde presidia  
El licenciado Francisco Brieno,  
Con otros dos oidores, uno dellos  
Antonio de Cetina, licenciado,  
El otro Atuncibay, y fiscal della  
El licenciado Alonso de la Torre;  
Mas entre tanto que esto les venia,  
Despachó la justicia y regimiento  
Con toda brevedad á Juan Melendez  
De Valdés con alguna gente diestra  
En seguimiento de los alterados,  
El cual con su valor y buena maña  
Les hizo que mudasen pensamientos,  
Asegurándolos de tal manera  
Que dejaron las armas, y quietos  
Volvieron al antiguo vasallaje.

Mas en esta sazón y coyuntura  
Un alboroto sucedió notable,  
Que por haber testigos hoy presentes  
Que vocalmente me lo representan,  
Al menos Juan de Vargas, escribano,  
Que entonces se halló con otros muchos  
En ir á deshacer aquel engaño,  
Persona de quien puedo confiarne,  
Demás de cierta relacion que tengo  
Firmada de varon no menos grave,  
Me pareció ponello por escrito  
Por decir algo de las invenciones,  
Tramas y embustes quel diablo tiene  
Para cazar las almas miserables  
Desta gentilidad prompta y atenta  
A recibir cualquiera desvario.

En el valle de Penco, comarcano  
Y á la villa de Santafé subyector,  
Cierto demonio, que por nombre Sobce  
Era nombrado, se mostró patente  
A todos quantos vello deseaban,  
Vestido segun indio de la tierra,  
Todo de negro y el cabello largo,  
Una manta revuelta sobrel hombro,  
Y era, segun se vido claramente,  
Familiar de cierta pitonisa,  
Encantadora vieja que tenia  
Una hijuela de hasta diez años,  
Hermosa, segun dicen, por extremo,  
Y esta hija del sol decian que era  
La falsa hechicera y el demonio.  
El cual cuando hablaba con los indios  
Encima se sentaba de la vieja,  
A quien el Sobce le llamaba madre.  
Estaban pues los bárbaros atentos  
A todas las palabras que hablaba,  
Y dicen que le vian bien el rostro  
Los indios infieles, mas los otros  
Que estaban bautizados no podian  
Velle la cara por ninguna via,  
Ni aun era menester que se la viesén,  
Pues no podia ser sino tiznada.  
O por mejor decir fiera y horrible.  
Haciales ver cosas monstruosas  
Como buen jugador de pasa pasa,  
Y tantas aparencias de milagros,  
Que les hizo creer ser el inmenso  
Hacedor de alta y baja monarquia,

Y que las ceremonias que tenian  
Antes que conociesen á cristianos  
Eran buenas y tales, que con ellas  
Habian de servirle si querian  
Gozar de su favor en todo tiempo,  
Porque las que tenian españoles  
En gran manera las aborrecia;  
Y así queria luego confundillos  
Con un diluvio donde pereciesen,  
Sin dejar dellos ánima viviente,  
Porque quedasen ellos en sus tierras  
Libres de subyeyccion tan miserable,  
Lo cual haria dentro de seis dias.  
Por tanto que llamasen sus parientes,  
Así los que servian á cristianos,  
Ladinos que con ellos residian,  
Como los que vivian estramuros  
Y les reconocian vasallaje,  
Si no querian ver el fin acerbo  
Que á solos españoles ordenaba.  
Señaló tres lugares donde todos  
Habian de juntarse, cumbres altas,  
Páramos solitarios y desiertos  
De grandes precipicios rodeados,  
Por donde se colige que queria  
Mediante sus astucias despenarlos  
Antes de recibir el agua santa,  
Puerta de los divinos sacramentos,  
Y de ser instruidos y enseñados  
En la verdad católica cristiana.  
Allí mandó llevar de todas suertes  
Semillas y raíces y otras cosas  
De que este barbarismo se mantiene,  
Porque pasadas las inundaciones  
Volviessen á hacer sus sementeras.  
Y para publicar esta novela  
Salieron por mandado del demonio  
Tres hombres viejos, grandes hechiceros,  
Los cuales fueron por la tierra toda  
Aquestos desvarios predicando,  
Cuyas palabras fueron admitidas  
No menos que si fueran pronunciadas  
Con aquel celo del profeta Jonas,  
En tal manera que de los ladinos  
Que estaban en la villa de Antioquia,  
El año de setenta y seis, á doce  
Del mes de marzo, no se halló indio  
Ni india que del pueblo no huyese  
A las alturas yermas donde Sobce  
Les habia mandado que subiesen;  
Lo cual visto por nuestros españoles,  
La mañana que los echaron menos,  
Desta gran novedad inadvertidos  
Y con sospecha de levantamiento,  
Siguiéron el alcance por el rastro  
Hasta tanto que ya dieron en ellos,  
Gran cantidad de lágrimas vertiendo,  
Los unos y los otros lamentando;  
Y preguntándoles por qué hūian  
Y cuál era la causa de su lloro,  
Les respondieron: « Pobres de vosotros,  
Cuán ayunos estais del mal futuro  
Y de la muerte que tenéis cercana,  
Pues antes de tres dias á lo largo  
Ninguno de vosotros terná vida,  
En aguas inundantes ahogados!»  
Al fin les declararon el misterio  
Dol horrible diluvio que esperaban,  
Contra los españoles destinado,  
Que celebraron ellos con gran risa;  
Y aunque por muchas vias procuraban  
Ponellos en razon y desengaño,  
Me dice Juan de Vargas que tenian  
Aquella vanidad tan arraigada  
En sus entendimientos torpes, como  
Si vieran los efectos ya presentes,  
Y así cuasi forzados los mas dellos  
Volvieron á la villa temerosos.  
Llegaron pues los falsos hechiceros  
Aquestas invenciones pregonando  
Al valle de Ibijico, donde estaba  
Juan Baptista Vaquero retraido,

A causa del delicto que ya dije  
Serle no sin indicios imputado  
Acercá de la muerte de Valdivia;  
El cual, por la destreza que tenia  
En aquel idioma de los indios,  
Era de todos ellos estimado  
Y en opinion de mozo que tractaba  
Verdad en cuantas cosas les decia.  
Llegó la novedad á sus oidos  
Por el alborotado movimiento  
De gentes en el valle congregadas,  
Oyendo los inuenos adivinos  
Que denunciaban el horrendo caso;  
Y como se le diese larga cuenta  
De lo que por los viejos se decia,  
Riéndose Baptista dijo luego:  
« Llamámelos acá, que quiero vellos,  
Y cuando no quisieren buenamente  
Vengan á su pesar por los cabellos;  
Hareles entender que Sobce miente  
Y que ni mas ni menos mienten ellos,  
Sembradores de sordida simiente,  
Segun y como quien los ha movido,  
Infame, sucio, vil y fementido.»  
En efecto, pusieronle delante  
A los tres como tontos y asombrados,  
Con meneos y gestos espantables,  
Que parecian infernales bultos  
Y que lanzaban fuego por los ojos;  
Y el Baptista, después de encomendarse  
Al sumo Hacedor devotamente,  
Una cruz en las manos, así dijo:  
« Ministros de maldad, engañadores,  
Revestidos de espíritu malino,  
¿ Por qué venís á ser predicadores  
De tan desvariado desatino,  
Ciegos embarbascados en errores  
Y ajenos del católico camino?  
En llegando la hora de esa ira  
Conocereis al claro ser mentira.  
» El que tenéis por dios es un tirano  
Bajo, suéz, de condicion horrenda;  
Y si quien lo crió no le da mano  
Seguros estareis que no os ofenda:  
El verdadero Dios y soberano  
Quiere que por aquí su fe se estienda,  
Y á los que lo creemos y adoramos  
Nos ha de conservar adonde estamos.  
» Y las cantelas frívolas y engaños  
Que en vuestros corazones Sobce planta,  
No serán parte por eternos años  
Para desarraigar la gente santa:  
Vernán sobre vosotros esos daños  
Si no creis lo que nuestra fe canta;  
Pero si lo creyeres con bapitismo,  
Escapareis del infernal abismo.»  
Estas y muchas otras cosas dijo,  
Particularizándole misterios  
Tocantes á la fe de los cristianos,  
Porque tenia buen entendimiento:  
Los indios defendiendo sus errores,  
Sobre los cuales hubo gran disputa  
Que yo por abreviar no la refiero;  
Pero con tanta fuerza y enerjia  
Este mozo Baptista les hablaba,  
Que de los tres los dos de menos años  
Quedaron convencidos y creyeron,  
Y el mas viejo en edad y mas protervo  
Desesperábase viendo la vuelta  
Que hizo dar á los coadyutores,  
Haciendo varios gestos y visajes,  
Y estaba ya tan ronco de dar voces,  
Que no se percebian sus palabras,  
Pero después en algo reportado  
Habló con el Baptista desta suerte:  
« Pues dices que tu Dios es verdadero,  
En nombre suyo quiero que delante  
Desta gente ignorante, vidriosa,  
Hagas alguna cosa tal que crea  
Que milagrosa sea, pues yo fio  
En el nombre del mio, que desdeñas,  
Mover las grandes peñas deste suelo,